

EL PIONERO DE LOS HIELOS



El drama que se está produciendo con el deshielo de los polos es una realidad que debería preocuparnos a todos, pues en ellos están las mayores reservas de agua dulce de la tierra, y la altura y consistencia de los mismos afecta gravemente a muchas islas y atolones del mundo. Los norteamericanos, por fin, han comenzado a escuchar a sus científicos, abandonando los interesados postulados que, de forma criminal, se empeñaban en negar el cambio climático.

Cuando los humanos comenzamos en el siglo XIX a movernos por esos inmensos e inhóspitos mundos helados, los protagonistas fueron noruegos e ingleses. Para el resto de naciones los espacios de hielo permanente se veían muy lejos. Hoy, por el contrario, se ha convertido en una obligación para los países que quieran participar en el reparto del pastel sobre unos lugares de tierra y agua que guardan infinitos recursos energéticos. Las travesías por esos lejanos lugares hoy son muchísimo menos arriesgada. En verano las realizan multitud de privilegiados turistas que se embarcan en antiguos rompehielos para acercarse hasta estas majestuosas barreras blancas; todo un negocio para unos barcos ya en desuso, que apenas encuentran ocupación científica y comercial, y que han encontrado en el turismo una forma de evitar el desguace.

El precursor de los viajes a través de los hielos fue el noruego Fridtjof Nansen. En 1890 mandó construir el barco de exploración Fram, tras la misteriosa desaparición del buque Jeanette cuando navegaba entre Groenlandia y las islas Spitzberg. El Fram sería el buque polar más extraordinario del mundo. Fue diseñado para poder aguantar la brutal presión que ejercen los hielos contra los costados de los barcos. La aventura de Nansen consistía en dejarse atrapar por el hielo y derivar hasta el Polo Norte a bordo de él.

Cuando la Asamblea Nacional Noruega aprobó su costoso y en principio disparatado proyecto, y le entregó una subvención de 280.000 coronas, por fin se pudo colocar en la grada la robusta quilla del Fram. El 3 de junio de 1893 el barco estaba listo. De 39 metros de eslora y 800 toneladas de desplazamiento, se convertiría en el hogar de 22 hombres durante los tres años que duraría su deriva entre los témpanos. El 16 de octubre de 1895 lograron alcanzar la posición más al norte conquistada por el hombre: llegaron hasta los 85° Norte y 57 minutos.

Pero Nansen advirtió que nunca podría alcanzar el Polo geográfico a bordo del Fram, por lo que decidió desembarcar con su amigo Johansen, y emprenden el viaje a pie con trineos y perros. Tras cuatro meses de durísimo camino apenas lograron superar los 86° norte, y tuvieron que desistir. Sin embargo, el barco siguió su deriva y ya no podían alcanzarlo, tomando la difícil decisión de continuar su marcha hacia el extremo sur de la banquisa polar, para tratar de alcanzar las tierras de Francisco José, y ganar después la costa noruega a bordo de sus cayak de tipo esquimal. Jamás lo hubieran

conseguido si no se cruzaba en su camino el británico Jackson, que navegaba en su barco Windward en busca de otros pasos entre el hielo. Ellos los trasladarían a Noruega, tras haber deambulado por los terribles hielos del Ártico durante año y medio. Una hazaña sin precedentes que lograron llevar a cabo gracias a que pasaron seis meses del durísimo invierno refugiados en un iglú que construyeron con trozos de hielo. La narración que haría después Nansen sobre estos largos meses perdidos en el hielo constituyen uno de los relatos más dramáticos sobre expediciones árticas.

Hasta febrero de 1896 el Fram siguió derivando atrapado por el hielo. En agosto, durante el corto verano, lograrían salir de la banquisa polar. El 9 de septiembre el buque haría su entrada triunfal en Oslo, donde Jansen y Johansen lo esperaban para darles la bienvenida, recuperados ya de su agónico viaje a pie de año y medio por los hielos árticos.

Hace unos años tuve la oportunidad de visitar en Oslo el museo donde se conserva el famoso navío de los hielos Fram. Su estado de conservación es impecable, y me permitieron transitar por él. Sobre su cubierta, y cuando uno se pone a pensar que su tripulación pasó allí tres años moviéndose con el hielo, parece un hecho a caballo entre la locura y el suplicio. Pero así eran estos pioneros, gentes duras con un impresionante control sobre sus emociones. Los treinta y nueve metros de eslora del Fram no daban para mucho, a pesar de que llevaba instalado el primer generador aéreo para producir electricidad que se instaló en un buque, y que su despensa estaba repleta. Con todo, es difícil imaginar la vida en ese cascarón durante tanto tiempo. Gracias a personajes de la talla del noruego Fridtjof Nansen hoy tenemos un conocimiento mucho más profundo de estas grandes extensiones heladas, que debemos cuidar con urgencia sino queremos que se vuelvan contra nosotros.